

CULTURA

Muere Michel Delpech, divo de la música francesa de los setenta

CARLES GÁMEZ, Valencia
A punto de caducar 1969, una canción se colaba en las radios españolas bendiciendo el movimiento *hippie* que se había congregado en la Isla de Wight. El responsable era un cantante francés llamado Michel Delpech que conseguía su primer éxito en el mercado español. La canción, *Wight is Wight*, acabará convirtiéndose en el mejor mensaje promocional de la cultura *hippie*. Su autor, un músico de vida turbulenta, falleció el sábado en el hospital de Puteaux donde llevaba ingresado un año.

Michel Delpech (Courbevoie, 1946) realizó sus primeros pasos musicales a mitad de los años sesenta con la comedia musical, *Copains-Clopot*, un espectáculo que se mantiene durante medio año en cartelera. En medio del tsunami *ye-ye* Delpech destaca por su acento melancólico y su estilo de *crooner* elegante. Admirador de Bécoud, Aznavour y Brassens, Delpech reescribe a su manera una nueva canción de autor accesible y popular. No es un autor de grandes obras a la manera de un Brel o un Ferré, tan solo un cantante de *variétés* como él mismo se define.

Cronista musical

Su debut en 1966 en la Sala Olympia no puede tener mejor fortuna: Delpech da fe en sus canciones de la sociedad francesa, con títulos como *Inventaire 66*, una canción repasa todos los acontecimientos — de la Guerra del Vietnam a la minifalda de Courrèges — que se han producido en ese año de 1966. Otro tanto ocurrirá con su canción *Les divorcés*, donde expone los nuevos modelos familiares en la Francia de los setenta.

Su encuentro con el compositor Roland Vincent señalará una larga colaboración musical que incluye éxitos como *Pour un flirt* (1971), una canción con expresiones sexuales que la censura española pone en cuarentena. A finales de los años setenta su carrera entra en declive mientras su vida personal pasa por diferentes vicisitudes, divorcio, nuevas experiencias religiosas, crisis de misticismo, acercamiento al budismo, reencuentro con cristianismo...

A principios del año 2000 cantantes de la nueva generación como Bénabar reivindicaban su legado como referencia. El disco *Michel Delpech &...* señala un renacimiento, un álbum de sus éxitos interpretados a dúo con viejos compañeros o más jóvenes. En marzo del año 2013 se le diagnosticó un cáncer de garganta que le empuja a abandonar todas sus actividades musicales.



El escritor alemán Hans Fallada, en una imagen de archivo.

Varias editoriales recuperan autores olvidados tras décadas de silencio. La actualidad del argumento o su ingreso en el dominio público pueden devolver a una obra a la fama

Rescate al escritor callado

PATRICIO PRON
William Blades, quien estudió por primera vez de manera sistemática los peligros a los que están expuestos los libros, sostuvo en 1881 que estos eran el fuego, el agua, el polvo, la negligencia, los insectos, los coleccionistas, los libreros y los niños. Algo más de cien años después, y aunque es evidente que cosas como el fuego y los libreros pueden todavía hacerle un daño considerable a un libro (y a su autor), los peligros a los que estos están expuestos se han multiplicado en la misma medida en que aumentaban el número de títulos publicados cada mes y el de los autores.

En ese sentido, ¿qué determina, en el contexto de una oferta editorial superior a la demanda lectora, que un autor destaque y sea recordado, digamos, cinco semanas después de publicar su libro? Responder es una de las preocupaciones clave de aquellos editores que todavía tienen implicación emocional o intelectual con su trabajo, pero hacerlo en un momento histórico como el actual parece más difícil que en el pasado, cuando el público lector estaba restringido a una clase social (alta y media-alta), una raza (blanca) y un género (masculino). A esta diversificación del público y de los estímulos que recibe se deben atribuir algunas de las dificultades a las que se enfrentan autores y editores, pero también la recuperación de escritores y libros que, por estas u otras razones, no fueron apreciados, fueron dejados de lado por los lectores de su tiempo y los que vendrían.

Esto es lo que sucedió con Stefan Zweig, cuyo suicidio en Brasil en 1942 supuso el punto de partida para un lento pero persistente declive de su obra; también los del húngaro Sándor Márai y el ale-



Frédéric Mistral, en abril de 1909. / RUE DES ARCHIVES (CORDON PRESS)

mán Hans Fallada. Antes de su recuperación (en español, gracias a Acanalado, Salamandra y Maeva, respectivamente), los tres autores permanecían en un cono de sombra del que ni su calidad literaria podía sacarlos; cuando fueron rescatados, la demanda de títulos por parte de los lectores los convirtió prácticamente en contemporáneos, como demuestra el caso de Fallada: hacia 36 años que no se publicaba un título suyo en español cuando Maeva edi-

ó en 2009; desde entonces y hasta el 2015, han sido publicadas 12 obras suyas en español y catalán.

No es difícil comprender las razones por las que los tres autores regresaron del olvido en el que parecían definitivamente instalados: por una parte, sus libros narran el fin de un periodo, el de entreguerras, al que épocas posteriores y menos autorizadas para la ingenuidad como la nuestra tienden a añorar; por otra parte, sus obras pueden ser comercializadas como *grand littérature* euro-

Hans Fallada se hizo popular en España tras 36 años de anonimato

Premios Nobel como Mistral y Eucken llevan una década sin libros editados

pea en la línea de libros como *La montaña mágica* o *La muerte de mi hermano Abel* de Gregor von Rezzori sin que el lector se vea confrontado con las dificultades que entraña leer esa *grand littérature*. (En mayor o menor medida, los tres eran autores de literatura popular en su época, y su lectura no era mucho más ambiciosa que la de Gillian Flynn o Suzanne Collins en nuestros días).

Contra los prejuicios

La recuperación de autores olvidados parece más dificultosa si los prejuicios raciales, de clase o de género que los expulsaron del ámbito de lo que su época podía aceptar permanecen vigentes. Así, la recuperación por parte de Errata Naturae de la novela *La muerte de la bien amada* de Marc Bernard (de orígenes obreros, formación autodidacta y militancia antifascista durante la Guerra Civil, pero también Premio Goncourt en 1942) parece haber recibido una atención menor que la que obtuvo la de Jean Genet por parte de la misma editorial, en buena medida porque nuestra época parece más cómoda con las otras sexualidades que con el activismo político. Algo similar podría decirse de la recepción de *Kallosaína*, la novela distópica de Karin Boye rescatada por Gallo Negro, en oposición a las recuperaciones de *Los amores de un bibliómano* de Eugene Field y *La librería encantada* de Christopher Morley, más amables con el lector, por parte de la editorial Periférica.

Además de su ingreso al dominio público, que permite publicar una obra entre cincuenta y setenta años después de la muerte de su autor sin que sea necesario ningún desembolso en concepto de derechos (situación en la que están autores como Jane Austen, Charles Baudelaire, Vicente Blasco Ibáñez y Antón Chéjov), la recuperación de los escritores olvidados parece corresponderse, también, con la forma en que un puñado de actores relevantes del negocio editorial define el pasado literario, lo que implica una cierta idea de necesidad desvinculada de los méritos o reconocimientos del autor en cuestión. Piénsese por ejemplo en Frédéric Mistral, de quien no se publica una obra desde hace diez años, o en Rudolf Christof Eucken, de quien después de 1960 solo se editaron una obra en 1985 y otra en 2002: ambos obtuvieron el Nobel de Literatura; el segundo, en reconocimiento a su "búsqueda fervorosa de la verdad, su poder penetrante de pensamiento, su amplio rango de visión y la calidez y la fuerza" de una obra que hoy en día está (como es evidente) olvidada, sin que insectos o niños tengan ninguna responsabilidad en ello.